



Facultad de Artes y Humanidades
Centro de Estudios en Periodismo (CEPER)

AL PELO

Trabajo de Grado en Creación Periodística Presentado para optar por
el título de:
Magíster en Periodismo

Presentado por: William Castaño Marulanda

Código: 201018386

Dirigido por: Jimena Zuluaga Trujillo

Bogotá, junio de 2018

AL PELO

Krisstel (o de la generosidad)

Llegué a ella una tarde lluviosa de viernes bogotano. Ya había iniciado la presentación de “Trenzando la identidad: cabello y mujeres negras”, su tesis para optar por el título de magister en Antropología de la Universidad Nacional de Colombia. Entré *in media res* y traté de entender de qué se hablaba. El salón estaba repleto y sobresalía la presencia de varias mujeres negras.

Esa tarde gris, húmeda y fangosa, fue maravillosa. Mujeres con turbantes a mi derecha, dos más con el pelo afro al frente y, en el centro del lugar, un círculo conformado por la expositora y sus maestras, una suerte de anillo del saber. Los jurados del trabajo de grado bombardearon a la maestranda con una batería de artillería académica pesada; ella se defendió con decoro y salió avante con su argumentación que, en resumidas cuentas, se centraba en validar la importancia del tema de estudio escogido, es decir: del pelo, pues parecía que en el entorno académico no se consideraba un asunto digno de abordar científicamente. Al término de la sustentación me presenté ante Krisstel y le comenté mi interés en entrevistarla para la realización de mi trabajo de grado; ella, con una sonrisa afable, me dijo que sí y me dio su número de teléfono.

El restaurante quedaba sobre la calle 53 cerca de la carrera 19, ya no recuerdo bien. Llegamos allí después de infructuosos intentos por hallar un sitio silencioso para que el sonido de la entrevista quedara con buena calidad. Subimos al segundo piso del lugar y comenzaron los problemas técnicos: un hombre no dejaba de martillar en el edificio del lado; bajar al primer piso no era una opción porque allí había mucha gente y los parlantes sonaban bambucos y guabinas a un volumen que podría interferir con la grabación y nuestra comodidad auditiva. Pero allí estábamos. Encendí mi equipo de grabación, una Zoom H4n a la que conecté un micrófono de solapa, me puse unos audífonos para monitorear el volumen, la calidad del sonido y que, efectivamente, se estuviera realizando la captura del audio. Además, abrí la aplicación de grabador de sonido en mi celular, por si acaso, de este modo aseguraba una

copia de respaldo por si se descargaban las baterías de la grabadora o se estropeaban los archivos de la memoria SD. Pedí a Krisstel que me ayudara a ponerse el micrófono y, después de algunas pruebas de sonido, comenzó la entrevista.

El discurso de esta mujer estaba cargado de tecnicismos propios de las ciencias sociales y su tono evidenciaba una suerte de seguridad en el abordaje del tema, algo muy característico del ámbito académico que le daba al contenido de su narración un peso científico que resultaba muy interesante. Por otro lado, su acento costeño —cartagenero— le agregaba mucho sabor a lo que decía; detalle que, a futuro, no resultaría menor, pues fue la primera señal que mi percepción interpretó como un posible norte a seguir para contar de manera poderosa la historia que comenzaba a esbozarse ante mis oídos, me refiero, por supuesto, al podcast. Escuchar a Krisstel hablar del concepto “mujer-pelo-mundo”, de la “interseccionalidad entre las categorías raza-clase-género”, la “Teoría crítica de los afectos” y el “pelo como un elemento que te permite entender la forma como la mujer negra lee la realidad”, me pareció deslumbrante y, de nuevo, me hizo pensar seriamente en la necesidad — ya no posibilidad— de que su voz fuese escuchada. Cuando me refiero a “su voz”, literalmente hablo del sonido de sus palabras, de su manera de contar las cosas, de la narrativa construida por su intelecto y de las inflexiones que intensificaban y multiplicaban los sentidos de la argumentación que utilizaba para exponer sus ideas. Transcribir esto en un reportaje escrito me parecía casi irresponsable, pues los acentos, matices y juegos que permite el lenguaje oral se perderían o disminuirían significativamente en la transcripción del audio a texto.

El contenido de la narración de Krisstel evidenciaba un ejercicio de análisis crítico y profundo frente a problemáticas sociales padecidas por las comunidades negras que, cada vez más, me convencían de que debía investigar a fondo las diferentes aristas que se desprendían y, a su vez, conformaban el tema de mi trabajo periodístico: el pelo de las mujeres negras. Fue en esta charla con Krisstel que escuché por primera vez algunos términos, como “pelo malo”, “pelo bueno”, “alicer” y “transición”, que no solo resultarían fundamentales para el desarrollo de la estructura de contenidos del reportaje, sino que, también, evidenciaban un hecho del cual no parecía estar consciente mi entrevistada y aumentaba mi interés en el proyecto: la naturalidad con la cual se refería estos conceptos, como si fuesen cotidianos y

por ello no necesitaran ser explicados. Evidentemente, estas nociones estaban muy alejadas de mi entorno habitual y por ello resultaba atractivo darlas a conocer; pero también era importante sacarlas a la luz porque representaban o estaban vinculadas a una realidad oculta para muchos, si se quiere, para la mayoría, pues afectan a una minoría: la población negra, y dentro de esa minoría a una población vulnerable: las mujeres.

Todo esto me quedó claro al final de mi conversación con Kristel, quien compartió sin reservas sus conocimientos y los resultados de su investigación —me envió su tesis esa misma tarde—, además, me ofreció servir como puente para poder entrevistar a algunas de las participantes de su investigación.

Elena (o de los sueños)

—Estoy adentro, en una esquina.

—No te veo...

—Al lado del mostrador.

—¡Ya! ¡Cómo no pude reconocerte con ese pelo!

—Jeje. ¡Ya te vi también! ¡Aquí te espero!

Me dirigí al fondo de la cafetería y allí estaba, de pie, alta, con una corona de rizos en la cabeza. Nos sentamos y comenzamos nuestra charla mientras almorzaba y yo me tomaba un café.

—¿Y de qué universidad eres?

—Estudié en la Nacional pero ahora estoy en los Andes.

—Yo estudié en Suecia cuando chiquita. ¡Pero salí de los Andes!

Le conté de qué se trataba mi trabajo de grado y lo primero que me dijo fue que sentía que no iba a ser de mucha ayuda, porque era bogotana. Se refería a que consideraba que el tema del pelo de las mujeres negras era mucho más complicado en regiones donde la población

era mayoritariamente negra. Esto lo sabía porque trabaja en la Fundación Marajuera, una entidad que busca empoderar a niños y jóvenes chocoanos.

Durante la mayor parte de su vida Elena usó el pelo con trenzas y luego comenzó a alisarse. Esto ocurrió cuando tenía 22 años y duró haciéndolo otros 19. A los 41 años optó por dejar de alisarse porque sentía que era una mujer exitosa que no tenía por qué ocultar su cabello natural.

—Me dije: "Así sea en contra de todo el mundo, me aliso".

Pero tenía un temor:

—¿Qué iba a pensar mi socia?

—¿Por...?

—Por los clientes, por las reuniones con otras empresas, por el negocio.

—¿Y qué te dijo?

—¡Le encantó!

El aval de su socia fue determinante para dejarse el pelo al natural. Sin embargo, también ayudó que muchas personas de su entorno le dijeran que se veía bonita y se sorprendieran positivamente de su cambio.

—Te voy a confesar algo.

—Dime.

—Toda la vida soñé con que alguien inventara un producto maravilloso que pudiera hacer de mi pelo otra cosa.

—¿La queratina?

—¡Eso fue un avance maravilloso!

—¿Entonces? ¿Te quedaste esperando algo mejor?

—Siempre pensé que ese producto ideal iba a ser una crema. Lo que no sabía es que era la aceptación.

Estas palabras determinaron, desde el momento en que las escuché, cuál sería la línea final del podcast. Un testimonio contundente y poderoso.

Lina (o de la alegría)

Nos tomamos un par de capuchinos en la Recoleta de San Diego, al frente de la Biblioteca Nacional. La bulla del lugar nos sacó espantados y debimos buscar refugio. La entrevista terminamos haciéndola en una cómoda sala, cortesía de unos viejos conocidos. Me contó que bailaba música tradicional y que estudiaba para ser docente —risas—. Se acomodó en una poltrona y sólo dejó de hablar cuando sonó el timbre de mi celular (consejo: use el celular para grabar, pero déjelo en modo avión). Su historia le puso sangre, sudor y lágrimas a los datos que hacía apenas unas horas atrás había repasado al escuchar la grabación de Krisstel. Era la parte humana, la carne y el hueso, la que aparecía de golpe en este reportaje. Lina había soñado siempre con que llegara ese día en que sería alisada, su cumpleaños número 14. ¡Quedó espectacular! —risas—, toda su familia se alegró porque ese pelo ya no lo iban a volver a ver. ¿Pero qué tenía de malo el pelo? Pues eso... Era malo... ¿El pelo? Sí. Mmm. ¿Tu pelo? Sí, yo tenía pelo malo. Bueno, tremendo descubrimiento, tenía frente a mí a una mujer que no sólo sabía el significado del pelo malo, sino que lo había tenido en su cabeza durante 14 años. Pero Lina me corrigió: aún tenía ese mismo pelo... pero ya no era malo. ¿Cómo así? Pues sí. Comenzó a contarme cómo fue, durante varios años, a alisarse el pelo y a exponerse a los químicos para quedar linda —risas—. Su experiencia con el alicer era de amores y odios. Pero las quemaduras y las llagas en el cuero cabelludo no eran lo peor, era el *bullying* al que sería sometida por parte de sus familiares y vecinos si no se alisaba esas mechas —risas—. ¿O sea que ahora ya no tienes el pelo malo por haberlo alisado? ¡No! ¿Entonces? Todavía tengo el pelo malo... pero ya no es malo. Mmm. Mejor dicho: ya no me aliso, porque aprendí que mi pelo natural no es malo... ni bueno... es sólo pelo. Impresionante, otro descubrimiento para mí. La cosa se ponía cada vez más peluda, literalmente. Si con Krisstel me enfrenté a un tema desconocido y muy interesante, con Lina me enfrenté a un tema conocido pero incomprensible. Así es. Una cosa es que te quieras ver linda y que hagas unos cuantos sacrificios para que así sea: ahorrar dinero para un buen salón de belleza,

cuidarte el pelo con algún producto después de que te lo peinen y no dejar que se te moje (tengo hermanas, de ahí los datos). Pero otra cosa es que te espongas cada 15 días a unos químicos que hieren tu cuerpo y te causan tal grado de dolor que te llevan a las lágrimas. ¿No? Sí. ¿Entonces? Uno no quiere tener el pelo malo. Terrible.

Lina me dejó claro que el tema era mucho más complejo de lo que yo creía. De esta forma el pelo de las mujeres negras pasó de ser un tema interesante a un asunto trascendental. Me preguntaba cómo era posible que un procedimiento de tales características se llevara a cabo sin que nadie la cuestionara. Krisstel me había dicho que era tan común que ni remotamente se consideraba la idea de discutir sobre el particular. Pero lo que me contaba Lina me hacía pensar que mi investigación debía contemplar entrevistas con mujeres que sí cuestionaran el por qué de la naturalización de esta práctica dentro de las comunidades negras. Compartí esta idea con ella y me dijo que precisamente ella había dejado de alisarse después de que comenzó a conocer la historia de sus ancestros africanos, la verdadera historia. ¿Cómo así? Pues no la historia que te cuentan en el colegio de que tus antepasados caminaban con cadenas y trabajaban a cambio de nada de sol a sol en las plantaciones de algodón, o aquella sobre cómo violaban a las mujeres en las haciendas porque eran propiedad del amo, ni la de los niños azotados por comerse un pan sin el permiso de los señores de la casa. ¿Cuál historia es la verdadera? La de hombres y mujeres que, después de ser obligados a salir de sus hogares y de sus tierras para montarse en un barco como ganado y viajar durante meses en condiciones inhumanas hasta el otro lado del mundo, lucharon para alcanzar su libertad y la de sus familias. Esa historia. Lina tenía razón, yo conocía ambas historias, lo que no sabía era que la primera versión le causaba tanto daño a los niños y jóvenes negros que crecían escuchándola durante toda su vida. Entonces yo también me sentí engañado. En ese momento me di cuenta de que debía incluir un aparte que hablara sobre la historia del pueblo negro, de lo contrario el reportaje se quedaría en una anécdota exótica: las mujeres negras se queman la cabeza para alisarse el pelo. Nada de eso. El asunto era mucho más delicado, más preocupante; sobre todo porque tampoco Lina parecía darse cuenta de que lo que me contaba acerca de su cotidianidad en los salones de belleza y las peluquerías era, por un lado, algo absolutamente desconocido para mí y, por otro, una práctica que ponía en riesgo su integridad física. Por eso escribí en mi cuaderno de apuntes: “OJO: llamar cuanto antes a Emilia para

cuadrar un viaje a Cali. ¡URGENTE!”, si no era Emilia ¿quién? Quería escuchar su versión de la historia negra. Pero eso iba a pasar después, en ese momento me interesaba saber por qué razón específica Lina se había dejado de alisar el pelo. Su respuesta fue categórica: “Porque me di cuenta de que estaba usando las trenzas como un medio para poderme alisar una y otra vez y de ese modo estaba traicionando la memoria de mis ancestros”. ¡¿Qué?! Sí —risas—. ¿Por qué? Porque hace siglos las mujeres utilizaron las trenzas para dibujar mapas de escape en las cabezas de las niñas y los niños. Tremendo. Por eso en febrero del año pasado me compré unas tijeras y ¡sin dudar! me corté todo el pelo liso —risas—. Después me habló de *Black Power*, *Black is beautiful* y las Panteras Negras. Había conocido estos movimientos estudiando en la universidad y también gracias a su participación en grupos de apoyo para mujeres que tenían problemas con su pelo... ¿Cómo? ¿En serio? ¿Grupos de apoyo? Sí —risas, risas y más risas—. Me vi obligado a anotar en mi cuaderno: “Grupos de apoyo”. ¿En dónde están esos grupos? En internet. ¿Redes sociales? Facebook, YouTube... Yo tengo un canal que se llama “La rola”. ¿En serio? Sí. ¿Por qué “La rola”? Porque nadie cree que soy de Bogotá —risas—. ¿Por qué? Por el color de mi piel, por mi raza, por mi pelo. ¿Qué te dicen? Que sí soy de la costa, de Cali... ¿Y tu acento bogotano? Eso es lo de menos, ni se dan cuenta —risas—. Lina estaba cansada de que le preguntaran de donde era sin razón alguna... aunque sí había una: ser negra. Definitivamente el proyecto me estaba apasionando, se comenzaron a entrecruzar temas como raza, género, racialización, historia... Lina me dejó muchas tareas entre manos.

Emilia (o de la sabiduría)

Cali, Peluquería Boutique Makeda, había llegado allí por el interés que despertó en mí una charla con Ángela Villalobos, periodista caleña que trabaja en La Silla Vacía y que conocí gracias a los buenos oficios de mi tutora de trabajo de grado, Jimena Zuluaga. Contacté a la Villalobos porque estaba buscando información acerca de mujeres negras que hicieran música en el Pacífico y cuyas composiciones se basaran en los hechos ocurridos por causa del conflicto armado. Me dio varios números y acompañó cada uno con su respectivo nombre y descripción profesional. Me llamó la atención la historia que acompañaba el nombre del contacto de WhatsApp llamado “Emilia Eneyda”. Ángela me comentó que la señora Emi era

una eminencia en términos de cultura negra. Sí: negra. Me fascinó la frescura del término en medio del maremágnum de palabrejas edulcoradas usadas para decir lo mismo, pero de manera esnobista. Además, aprendí un neologismo muy ingenioso “afroconvenientes” (personajes políticamente correctos en público que, en privado, destilan racismo de alta pureza). Prosigo. Me enteré del trabajo realizado por Emilia en torno al trenzado y la historia del pelo de las mujeres negras y me pareció fascinante. Así que comencé a recabar información sobre su trabajo y hallé datos interesantes, por ejemplo, que fundó la Asociación de Mujeres Afrocolombianas (Amafrocol), en 1996, y desarrolló el proyecto “Tejiendo esperanzas”, en 2004, un evento que lleva realizándose 14 años de manera ininterrumpida en Cali y que es toda una institución dentro del circuito cultural del Pacífico colombiano.

Era la primera vez que estaba en Cali y me encontraba junto a una heroína de la comunidad negra del Pacífico colombiano, todo un honor. Ahora bien, Emilia resultó ser una experta en las lides de ponerse el micrófono y de hablar fuerte y claro para colaborar con el entrevistador. Eso ayudó muchísimo, pues el reto técnico de grabar en ese sitio lo constituía su cercanía a una avenida muy concurrida, así que, de no haber sido por el micrófono de solapa y la ayuda de mi entrevistada, los audios habrían quedado con mucho ruido de fondo (consejo: siempre lleve micrófono de solapa o en su defecto cualquier unidireccional, con esto se evita la intromisión de sonido ambiente en lugares ruidosos).

Comenzamos nuestra charla y de inmediato llamó mi atención su manera de contar las cosas. Es una *storyteller* innata. No puede hablar de algo si no lo narra por medio de historias. Esto me dio una señal de alerta y me hizo pensar que el podcast debía ser narrado a través de las voces de estas mujeres, pues no solo sus maneras de contar eran muy distintas, sino que cada una, en su estilo y su acento particular, añadía un matiz interesante al reportaje. Por otra parte, mientras escuchaba las historias acerca de cómo fueron satanizados los peinados de las mujeres negras o de cómo se ha inoculado en los imaginarios sociales la idea de que el negro no existe, me percaté de que iba a ser necesario darle a la historia un espacio considerable. Pues, por un lado, debía contarse la historia de los hechos que llevaron a la comunidad negra a detestar su pelo y, por otro, la de aquellos que pueden generar su empoderamiento étnico,

como señaló Emilia durante toda nuestra conversación. El reto era interesante y el formato de podcast me parecía idóneo para mostrar ambas visiones.

Malle (o de la mística)

Ella era un enigma par mí. En la investigación que había hecho antes de realizar la entrevista me sorprendió la importancia que tenía esta mujer para el movimiento del cabello natural en Colombia y que no hubiese ninguna imagen suya en internet. Esto tenía una razón. Una cosa es Malle Beleño y otra cosa es el colectivo que fundó hace cuatro años: "Entre chontudas". Para Malle es necesario hacer esta distinción porque no quiere que se piense que los procesos que se llevan a cabo en el colectivo los realiza una sola persona, por eso el perfil bajo. Esto me dejó pensando acerca de la manera en que debería abordar en el podcast los perfiles de cada entrevistada, por eso decidí hacer sólo una presentación de mini-perfil en el caso de Emilia, por ser la matrona entre las mujeres entrevistadas. El resto de perfiles se van develando en la segunda parte del reportaje a medida que avanza el episodio.

Mi conversación con Malle ayudó a consolidar de manera definitiva la elección del formato de podcast como dispositivo narrativo para este reportaje; esto tiene que ver con darle voz a las mujeres negras y con un tema complejo: la autoría de los saberes. Es decir, darle el respectivo crédito a las personas entrevistadas para no despojarlos de su derecho de autoría intelectual. Malle fue primera entrevistada que me planteó el tema, así como sus preocupaciones ante la posibilidad de que el material recopilado por mí en la entrevista terminara siendo conocido por terceros como un producto intelectual sin relación alguna con la fuente de ese conocimiento, es decir: las entrevistadas. Ella ya se había enfrentado a situaciones similares con otros periodistas e investigadores y su temor no era infundado. Mi respuesta fue clara y enfática: "Vas a ser tú, con tu voz, la encargada de contar tu historia y de compartir tu conocimiento". Debo decir que esto me hizo reflexionar bastante acerca de la ética periodística, de cuánto de lo que decimos, escribimos o mostramos pertenece a nuestro cuño y cuánto es propiedad de nuestras fuentes. Es un ejercicio que, visto desde el ámbito de la ética periodística, me parece que debe hacerse siempre; hay que trazar los límites y determinar qué saberes, conocimientos, conceptos, ideas, etc., son propiedad intelectual o

fruto de la investigación y el estudio de un entrevistado, y cuáles pertenecen a nuestro análisis, producto de la reportería y la investigación a fondo que implica la realización de un trabajo periodístico de largo aliento.

Sorteado el obstáculo de las autorías todo marchó viento en popa. Malle es una mujer amabilísima que nunca deja de sonreír y que tiene clarísimas sus ideas. Lo que más me llamó la atención de su discurso fue el poder de seducción de sus palabras y el don natural, similar al de Emilia, para narrar buenas historias. Sin embargo, lo que me cautivó fue la coherencia de su pensamiento, la preocupación porque todo lo que hace tenga una razón de ser y una explicación. Por ejemplo, cuando le pregunté por qué razón había decidido nombrar "Chontudas" a su colectivo de mujeres, esbozó una sonrisa de oreja a oreja y me dijo: "Para que me pregunten eso". ¿Con qué fin? Para poder contarle la historia del nombre a quien le haga la pregunta; porque al contar esa historia se menciona a una región olvidada: el Pacífico colombiano, donde se cultiva la Palma de Chonta —cuyo interior se parece mucho al pelo de las mujeres negras—, de esa forma puede contarle a alguien que los habitantes de esa región también existen, y después de que sepa esto, así sea por un breve instante, van a ser visibles para alguien.

Para Malle "todo debe significar", cuando me lo dijo pensé en la labor del montajista en el cine. Su tarea es conectar las escenas de tal manera que cuenten una cosa y no otra. Independientemente de que luego se pueda interpretar de una forma u otra una secuencia cinematográfica, si el trabajo se hizo como se debía es posible construir una argumentación válida para sostener que lo que se quiso decir fue esto y no aquello. De inmediato extendí la analogía al terreno del sonido. Mi podcast, entonces, debería contar de manera clara la historia y las vicisitudes del pelo de las mujeres negras, pero allí no se agotaría el mensaje, el pelo permitiría hablar de las mujeres negras, su historia y su papel dentro de las comunidades. Debo contar aquí que esta tarea fue una empresa titánica, cada minuto de podcast implicó horas de escucha, horas de selección de materiales, horas de transcripciones, horas de edición de audio y horas de montaje. Jamás había dedicado tanto tiempo de mi vida a un trabajo. Pero valió la pena. Fue un ejercicio de síntesis llevado al extremo; una experiencia de creación muy parecida a la de un documental, pues estructuré el podcast de

manera temática y luego hilvané los testimonios de las protagonistas de las historias, teniendo el cuidado de respetar el contenido de su discurso para salvaguardar la integridad de sus testimonios y el poder de sus mensajes.

Élida (o de la paciencia)

San Basilio de Palenque es otro mundo y Élida una alienígena. Esta mujer habla con un acento tan bello que arrulla. Mientras la entrevistaba no sabía si prestarle atención a sus manos o a lo que me decía, de todos modos, como estaba grabando, me confié y me dejé llevar por el interés que había despertado en mí su pericia en el arte del peinado. Llegué a "La reina del Congo", sala de belleza y casa de Élida, un miércoles a las 11 de la mañana. Esperé a que terminará de hacer unas trenzas libres a una mujer que venía desde Cartagena y me senté a su lado a verla peinar... y a entrevistarla, por supuesto.

Por las venas de Élida corre sangre cimarrona, sangre de un pueblo de guerreros que se liberaron de la opresión esclavista. Pero la fuerza de Élida parece estar concentrada en sus manos. Con el cuidado y la precisión de un relojero, mueve un pelo allí y otro más allá, trenza y anuda... y vuelve a empezar. Poco a poco se dibuja en la cabeza de la clienta una cadena montañosa, un valle, un camino...

Me cuenta que los peinados sirvieron para hacer mapas que utilizaron sus ancestros para escapar hacia la libertad. Ahora, ella peina para ayudar a su clientela a expresar un sentimiento o un estado de ánimo.

Llevamos hablando una hora y, cuando me pide una pausa para ir a traer una peineta, aprovecho para detener la grabación mientras regresa. Pero pasó lo inimaginable, lo que mí nunca me había pasado y jamás me volverá a pasar: ¡no había grabado nada!

Quedé estupefacto y cuando Élida volvió a sentarse frente a mí, con voz temblorosa y fingiendo como pude una sonrisa le dije: —A que no te imaginas. —No grabaste nada. Casi lloro. Pero la sonrisa de Élida y la carcajada de su hermana Yadelsi me dieron ánimo y

decidimos volver a realizar la entrevista (consejo: ¡compruebe más de una vez que la grabadora esté grabando! Ojo con las grabadoras, por lo general el botón de grabación debe oprimirse dos veces. Hágalo, no sabe el dolor de cabeza y de espíritu que se puede ahorrar).

Mi mayor aprendizaje con Élida está relacionado con la paciencia, con la entrega del artesano en cuerpo y alma a su oficio. De ese modo me aproximé a la realización del podcast. Armé cada pequeño tramo, de 5, 10 o 15 segundos, con tanto cuidado como pude, qué decir de las secuencias largas, aquellas conformadas por tres o cuatro grabaciones que debían transmitir un mensaje de manera coherente. Fue todo un ejercicio artesanal, y eso lo aprendí viendo a Élida trabajar durante horas, sin inmutarse.

Jessica (o de la fuerza)

Esta mujer es un terremoto. Conocerla fue uno de esos regalos con los que de vez en cuando se encuentra un periodista. Lo mejor, sin lugar a dudas: su manera de hablar. Mi dicha llegó a su cota más alta cuando comencé a escuchar la voz y el acento de Jessica. En ese momento yo consideraba que tenía ya un material considerable para iniciar mi trabajo de grado, no necesitaba nada más. Por otro lado, no tenía tiempo, debía salir corriendo a hacer una diligencia.

—Oís ¿ma vas a grabá?

—Unos minuticos.

—Dale pue'.

Y así comenzó la charla. No hablamos más de media hora. Nada, en comparación con las tres o cuatro horas que dediqué a cada una de las mujeres que había entrevistado antes. Quedé agradecido con la vida por esos treinta minutos. Jessica es un tsunami de palabras. Habla hasta por los codos y a mil. Pero fue gracias a ella que cobró más sentido mi idea de construir un podcast polifónico, coral. Porque me di cuenta de que todas y cada una de las mujeres que había entrevistado tenía una narrativa única y poderosa. Por eso debían ser escuchadas,

porque la razón de este podcast era hablar de ellas, y nada mejor que producir un reportaje sonoro donde fueran sus voces las protagonistas.

Aquí el podcast: castamara.com/solopelo

